

## Juventud, cultura y globalización

Marcos Urcola \*

### Resumen

El presente artículo plantea la necesidad de un breve análisis conceptual de las formas de producción, circulación y consumo de lo juvenil como modelo y/o recurso socio-cultural para la generación de significados en los ámbitos políticos y económicos. Se pretende hacer una distinción conceptual entre las prácticas y estrategias de vida de los jóvenes y los usos de la “cultura juvenil” como recurso político y/o de mercado. También se intentan relacionar las prácticas y representaciones “de” y “sobre” los jóvenes con las nuevas condiciones de movilidad global.

### Abstract

The following article raises the concern of providing a concise conceptual analysis on the methods of production, circulation and use of youth as a prototype and/or a socio-cultural resource for the construction of political and economical concepts. It aims to make a distinction between the practices and strategies inherent to the lives of young people and the use of “youth culture” as a political or marketing tool. In addition, the article intends to identify the relationship between practices and representations of “from” and “about” young people given the new conditions of global mobility.

### Palabras clave

Juventud, globalización, culturas juveniles

### Key words

Youth, globalization, youth cultures.

---

\* *Trabajador Social. Estudia el Doctorado en Antropología en la Universidad del Centro Educativo Latinoamericano, Rosario, Argentina. Correo electrónico: murcola@hotmail.com*

## **Introducción**

El concepto de juventud ocupa un lugar central como noción referenciada por una multiplicidad de estudios académicos, discursos políticos, empresariales y/o religiosos que apelan a “lo juvenil” como forma de legitimar propuestas sociales o de mercado e influir en prácticas sociales concretas de los jóvenes como miembros actuales de la sociedad civil y futuros “hombres del mañana” como ciudadanos, profesionales, clientes y consumidores.

Los múltiples usos de la idea de juventud o lo juvenil permiten observar cómo dicho concepto se desprende de su referencia concreta a la edad y se presenta como un modelo socio-cultural que consolida posiciones, estilos de vida y prácticas sociales en diferentes campos.

En este sentido, podemos pensar lo juvenil como modelo ético y estético. Ideal que se instala como referencia para la inserción de productos en el mercado (utilizando la imagen de “lo juvenil” para captar al público joven y al que no lo es) o como referencia para la elaboración de políticas sociales y/o culturales.

Por ello, podemos pensar las formas de ser joven en su doble dimensión (simbólica y material) a través del análisis de lo juvenil como práctica social concreta y como práctica social representada. Estudios académicos sobre la temática de los jóvenes se han dedicado a contrastar la imagen construida desde los medios y las instituciones del Estado con las prácticas sociales concretas a través de las cuales los jóvenes de hoy elaboran y reelaboran proyectos, estrategias de vida (y/o sobrevivencia) e identidades individuales y colectivas.

Según Urresti (2002), con el correr de los años los estudios sobre jóvenes han devenido en estudios culturales, puesto que la dimensión cultural de la realidad social contemporánea es donde los jóvenes se hacen más visibles.

Así, podemos trazar una cronología general de los estudios socio-antropológicos sobre jóvenes que va desde los primeros trabajos empíricos de la Escuela de Chicago referentes a las pandillas juveniles,

hasta los estudios sobre trasgresión, resistencia y alternatividad de la contracultura juvenil de las décadas de los 60 y 70.

Los primeros trabajos sobre la temática datan de la década de 1920 y centran su atención en las conductas criminales adoptadas por grupos juveniles (pandillas), como síntoma de anomia y desajustes sociales, producto de los cambios generados por los procesos de industrialización, explosión demográfica, inmigración extranjera y crecimiento de barrios pobres en las grandes ciudades.

Durante el período de la segunda posguerra, es Parsons (Urresti, 2002:47) el primero en señalar que el pasaje hacia la adultez se ve retrasado en las sociedades contemporáneas, como consecuencia del mayor margen de tiempo libre que disponen los jóvenes y observa en las manifestaciones de los mismos la emergencia de una cultura generacional autónoma.

Los cambios culturales que se produjeron durante los años dorados del Estado de Bienestar (1945-1975), tales como la “cultura rock” y la revolución sexual, pusieron a los jóvenes como movilizados de nuevas formas alternativas de vida, que luego se trasladarían al plano político a través de los movimientos sociales donde participaron gran cantidad de jóvenes durante la década de 1960, tales como el Mayo Francés, la Primavera de Praga y demás movimientos estudiantiles de 1968 en México, Varsovia, Tokio, Roma, Berkeley y Berlín, entre otros.

El uso de drogas, los gustos musicales, la moda y el uso de objetos distintivos significados como expresión de rebeldía y una forma alternativa de vida encarnada en el movimiento *hippie*, dieron lugar a nuevas interrogantes que tendieron hacia enfoques teórico-metodológicos que privilegiaron a la cultura como dimensión de análisis.

Con el correr de los años, el protagonismo juvenil ha ido disminuyendo en la esfera política y las culturas juveniles van ganando terreno en el ámbito de las industrias culturales, la moda, la comunicación y la vida cotidiana de las ciudades. El objetivo del presente artículo es establecer algunas líneas analíticas que permitan señalar cómo dicho protagonismo cultural de los jóvenes no implica necesariamente un

mismo protagonismo social.

En los siguientes párrafos se pretende revisar conceptualmente las nociones de juventud, desde la perspectiva de la cultura y de los cambios que imponen los nuevos tiempos de la globalización, para intentar renovar el análisis y proponer líneas o hipótesis para futuros proyectos indagatorios.

Cabe aclarar, que nuestro análisis se concentrará en los cambios producidos en la cosmovisión del concepto y no en las prácticas concretas de los jóvenes, las cuales deben ser estudiadas de acuerdo a cada contexto social específico. El campo que analizamos y los cambios en la significación de ser joven, refieren a las formas de comprender lo juvenil en las sociedades de tipo *capitalistas, occidentales y modernas*<sup>1</sup>. Esto nos posibilitará establecer algunas líneas teóricas generales que puedan ser aplicadas en diversos campos específicos de investigación empírica.

---

<sup>1</sup> *Bajo esta denominación se señala a las sociedades que, desde el siglo XVI, transformaron el orden cristiano-medieval en Europa, a través de un proceso que involucró una diversidad de fenómenos y acontecimientos que producen la ruptura con las llamadas sociedades tradicionales. Tales acontecimientos pueden resumirse en: la ampliación del mundo a través de descubrimientos, exploración y conquista de territorios extraeuropeos, la aparición de las ciencias naturales, la conformación de los Estados nacionales, la formación de un mercado mundial, el incremento de la producción mercantil y la innovación de los medios de comunicación y transporte que dieron lugar a la consolidación de la Revolución Industrial en Inglaterra. Toda esta serie de fenómenos pueden sintetizarse en cuatro elementos que hacen a los procesos modernizadores de las sociedades occidentales: el capitalismo como modo de producción, la industrialización que creó nuevos ambientes socioeconómicos, la democracia de tipo liberal sobre la base del Estado-Nación que permitió incorporar nuevos actores y transformar las instituciones políticas y la urbanización como proceso demográfico de concentración poblacional en torno a las ciudades que caracterizan a las sociedades típicamente modernas. Entre las sociedades afectadas por los procesos modernizadores, incluimos también a nuestras sociedades latinoamericanas que, a partir de la conquista y los procesos colonizadores europeos, han sido afectadas por la necesidad de transformar sus estructuras tradicionales e incorporarse al proceso modernizador promovido por los países centrales (dominantes) que han impuesto los cambios políticos, económicos y sociales funcionales a sus intereses y perspectivas de progreso humano. Las sociedades de tipo capitalistas, occidentales y modernas involucran diversas y dispares poblaciones, territorios y regiones, atravesando fronteras geográficas, étnicas, nacionales, generacionales y de clase.*

## **El concepto de cultura**

Entendemos la cultura como el conjunto de prácticas destinadas a la producción, circulación y apropiación de significados en la vida social (García Canclini, 2004:34). La cultura es la dimensión significante de cualquier práctica social, aunque no todo lo que ocurre en la sociedad puede pensarse linealmente como cultural. Los procesos de apropiación, circulación y producción cultural son activos e integrales y se conjugan con otras dimensiones de lo social, como las esferas política y económica.

Comprendiendo la estrecha relación existente entre cultura y sociedad y entre los procesos materiales y simbólicos, lo social se comprende como una red de significados densos que se interrelacionan y construyen de forma continua.

En este sentido, tratamos de desprendernos de una visión esencialista de la cultura y de definiciones apriorísticas de la misma, poniendo el acento en las condiciones metodológicas y analíticas que nos permiten separar los elementos (culturales y sociales) de una realidad, cuya dinámica y componentes constitutivos se encuentran compleja e intensamente imbricados.

Para el análisis de las culturas juveniles y sus usos, nos interesa destacar la noción de la cultura como instancia para la conformación del consenso, la hegemonía y la legitimidad (García Canclini, 2004:37), situando las formas en que los diversos grupos representan y gestionan las relaciones con los otros y lo social en general.

Se destaca así el problema de la cultura como recurso en el análisis de los usos que de ella se hace, según se la defina desde los espacios académicos de las ciencias sociales, los organismos gubernamentales, no gubernamentales e internacionales, los movimientos sociales o las empresas privadas y sus políticas de mercado.

Según Yúdice (2002:23), “el papel de la cultura se ha expandido de una manera sin precedentes al ámbito político y económico, a tiempo que las nociones convencionales de cultura han sido considerablemente

vaciadas”. Agrega que “tal vez sea más conveniente abordar el tema de la cultura en nuestra época, caracterizada por la rápida globalización, considerándola como recurso”, destacando entonces, el uso creciente de la misma como medio para el mejoramiento de lo político y lo económico cuando es invocada como estrategia implícita para la realización de alguna meta o propósito por los distintos actores o grupos involucrados.

Estos elementos conceptuales nos permiten distinguir de forma analítica las culturas juveniles como las practicas de producción, circulación y apropiación de significados de los jóvenes y los usos de lo juvenil como recurso cultural sociopolítico o de mercado.

### **Cuestiones conceptuales en torno a la juventud como fenómeno moderno**

A la luz de las transformaciones actuales en todos los campos y, fundamentalmente, en el de la cultura, es necesario reflexionar sobre las redefiniciones del concepto de juventud y las propias formas de la cultura juvenil que conformaban, hasta no hace tanto tiempo, un conjunto de significados y consumos culturales bien definidos e identificables socialmente.

Una primera aproximación al concepto de juventud remite a la edad de la persona pero no se agota ahí, puesto que hay distintas formas de ser joven y de vivir la juventud que corresponden a diversas condicionantes históricas, económicas, sociales y culturales. Reducir la juventud a un período del ciclo vital es desconocer lo heterogéneo y diverso de las relaciones sociales. La juventud se construye como un estado provisional de pasaje entre una etapa de la vida y otra ya que es una categoría de edad a la que los sujetos no pertenecen, sino que atraviesan.

Esta etapa del ciclo vital está marcada por el acontecer bio-psicológico de los cuerpos pero, sobre todo, por las marcas socio-culturales (mitos y ritos) que abren el camino a la vida adulta o ponen fin a la niñez. Los ritos sociales o de paso marcan las condiciones graduales de pasaje de un momento de la vida a otro, en este caso, a la vida adulta.

Por ejemplo, el matrimonio y la conformación de un hogar son uno

de los principales ritos que han determinado la finalización de la fase juvenil en la era moderna. Al respecto, es claro el ejemplo que encontramos en el libro sobre “Historia de los jóvenes” de Levi y Schmitt (1996:11), donde se detallan los ritos de ingreso y egreso a la juventud: “(...) en la tradición católica, llevan de la primera comunión a la confirmación; y en la vida del ciudadano, del servicio militar al acceso a los deberes cívicos, a la responsabilidad civil y penal, a la posibilidad legal de casarse, al compromiso sindical o político, etcétera”.

El retraso en el ingreso al mercado laboral de una porción de los integrantes del conjunto social que permita un desarrollo educativo más elevado de la población con calificaciones acordes a los nuevos desafíos de la producción y división social del trabajo, ha constituido uno de los hechos centrales para la conformación de la idea de lo juvenil como fenómeno moderno.

La juventud comenzó a destacarse como un período (cada vez más prolongado) en el que se retrasaba el ingreso al mercado laboral y a la vida de responsabilidades matrimoniales, una especie de “lapso que mediaba entre la madurez física y la madurez social” (Margulis, 1996). En dicho periodo, que dedicaban al aprendizaje y capacitación, los jóvenes eran captados básicamente por las instituciones educativas, así como también al ocio y a las actividades lúdicas que completaban su formación cultural y social.

De este modo, lo que se produce a partir de la Revolución Industrial en las sociedades occidentales-modernas, es un ajuste en la cosmovisión del concepto de juventud. Mientras que en la Edad Media la juventud se sustentaba bajo los emblemas de la valentía, la fuerza física y la voluntad transformadora, en los tiempos modernos se produce un ajuste de estos atributos hacia el campo de la producción (mundo del trabajo) y posteriormente hacia el mercado de consumo (Levi y Schmitt, 1996).

Si bien las formas que cobraron los movimientos modernizadores en cada contexto social han sido diferentes, los cambios que estos introducen en los modos de producción económica y en las formas de reproducción de la cultura, establecen nuevas formas relacionales que reconfiguraron significados, valores y prácticas en la vida cotidiana de las personas, así

como también en los diversos momentos del ciclo vital.

En términos generales podemos afirmar que, en la modernidad, la idea misma de madurez social está asociada al ingreso en el mercado laboral y la asunción de obligaciones y responsabilidades civiles que implican la conformación de un hogar. Hoy en día, este periodo de moratoria social se prolonga por la falta de oportunidades en el mercado de trabajo, sobre todo en los sectores altos y medios, no sin consecuencias. Diferente es la situación de las clases populares, ya que la falta de trabajo, oportunidades educativas y la lucha diaria por la supervivencia (carencia de alimentos, de medicamentos, de vivienda digna, etc.) hacen que el tiempo libre del que disponen no pueda ser identificado como prolongación de la moratoria social sino como una circunstancia de marginación social.

Las representaciones sociales acerca de la juventud se construyen y reconstruyen continuamente, por lo que es un concepto que nunca logra una definición estable y acabada. Son estas representaciones de la vida social y cultural moderna las que nos permiten asociar la juventud a la idea de goce, de ocio y, fundamentalmente, a la idea de futuro. De allí emerge la frase popular que sentencia: “los jóvenes son el futuro de toda sociedad”. El desarrollo de los intereses, la vocación y los proyectos de vida están directamente asociados al concepto moderno de juventud.

Esta imagen social de la juventud como futuro de nuestra sociedad se fue instalando de forma ambigua en el imaginario social durante los comienzos de la era moderna. En efecto, la juventud podía ser entendida como la esperanza futura del progreso y desarrollo nacional o como fuente de todo desorden y perversión. Recién con la aparición de la sociedad de consumo se pudo instalar la idea positiva de “lo juvenil” como modelo sociocultural.

## **La juventud como fenómeno posmoderno**

La realidad que atraviesan los jóvenes de hoy se plantea como una situación compleja. El futuro se les muestra incierto como producto de una cotidianidad acosada por las crisis nacionales y por los cambios mundiales que invaden todos los aspectos de la vida pública y privada de



las personas. Estas crisis marcadas por las reformas y reestructuraciones económicas, junto con las transformaciones tecnológicas, no afectan sólo al ámbito laboral, sino también al conjunto de la vida cultural y social.

Podríamos hablar de una generación en la que el futuro cobra el sello de lo aleatorio y en la que toma desmedida fuerza el presente: “Es posible interpretar que, ante las dificultades de saber qué hacer con el pasado ni con el futuro, las culturas jóvenes consagren el presente, se consagran al instante (...)” (García Canclini, 2004:174).

En el período moderno (lo que podríamos denominar como una “primera modernidad” -Beck, 1997-), las culturas juveniles toman importancia como forma de identificación y diferenciación del resto del colectivo social. Mientras que lo institucional tendía a acotar y regular lo juvenil, el campo de la producción, circulación y apropiación de significados culturales se presentaba como principal ámbito de manifestación y expresión de los jóvenes. De este modo, cobraron importancia simbólica las modalidades éticas y estéticas, la vestimenta, el uso de drogas, el lenguaje gestual y verbal, los gustos musicales y demás expresiones artísticas (literatura, pintura, cine, etc.) como formas específicas juveniles de rebeldía, diferenciación, construcción alternativa de vida o como estrategia de sobrevivencia frente a las adversidades de la vida social. Podemos decir, que la cultura juvenil tenía su sello claro y definido: el de la trasgresión y renovación valorativa de lo social.

Sin embargo, la velocidad en el cambio de las tecnologías de la comunicación y la informática, la precarización creciente de las condiciones del mercado laboral, el desempleo a escala mundial y la expansión de los medios masivos de comunicación, entre otros factores, nos introducen en este período de globalización en el que se desdibujan los *mandatos generacionales*<sup>2</sup> de antaño (niños-jóvenes-adultos-ancianos), desarticulando las pautas socio-culturales que regían las relaciones

---

<sup>2</sup> *Por mandatos o pautas generacionales comprendemos los parámetros socialmente establecidos que circulan a nivel del sentido común (como representaciones sociales) y que funcionan como guías para la acción de los sujetos, indicando los aspectos que permiten a las personas identificarse en relación a su momento del ciclo vital. Estas pautas suelen expresarse en modelos ideales y dicotómicos en torno a las cualidades de los diferentes grupos poblacionales o, en este caso, etarios.*

sociales de la primera modernidad. Hay nuevas dependencias y diferencias producto de la globalización y un desdibujamiento entre lo propio y lo extraño, es decir, en la construcción de la alteridad. De acuerdo a Lins Ribeiro (2007:67), “la línea entre lo nativo y lo no nativo se desdibujó, y las estructuras de la alteridad sociocultural en contextos globales y nacionales aumentaron su complejidad”.

Las formas culturales generacionales, de clase, de género, étnicas, etarias, se presentan como interculturalidades. Es decir, como formas culturales nuevas a partir de proceso de choque y convivencia pactada entre diferencias.

Las instituciones que contorneaban y modelaban la condición juvenil, como la familia, la escuela (o la universidad) y el ámbito del mercado de trabajo, se hallan en proceso de cambio y con ellos la misma noción de juventud.

La crisis del modelo de familia nuclear (al cual los jóvenes debían aspirar) se observa en las nuevas nociones de familia ampliada, extensa o compuesta, los nuevos modelos paterno-maternales que no se relacionan linealmente con la identidad de los sexos, las múltiples nociones de “hijo” que se vinculan con los avances en genética y fertilidad asistida, los embarazos y maternidades adolescentes, la mayor cantidad de mujeres sostén de hogares, las experiencias de autonomía infanto-juveniles de los “chicos de la calle” a partir de la ruptura con el grupo familiar de origen, entre otros.

Por otro lado, la experiencia educativa cobra nuevas formas y da nuevos sentidos al período de “moratoria social” como un tiempo que era pautado por las instituciones escolares y donde se transmitía y permitía el acceso graduado a la cultura. Hoy, el conocimiento no se encuentra localizado sólo en el ámbito escolar o académico, sino que se ubica de forma paralela en una diversidad de ámbitos a partir del impacto de los medios masivos de comunicación y el avance de las nuevas tecnologías de la informática.

La escuela ve reducida su influencia porque los medios masivos y, recientemente, la comunicación digital y electrónica multiplicaron los

circuitos de acceso a los saberes y entretenimientos culturales. Aún la educación formal más abierta a la incorporación de los medios audiovisuales e informáticos ofrece sólo una parte de los conocimientos y ocupa parcialmente las horas de aprendizaje. Los jóvenes adquieren en las pantallas extracurriculares otra formación en la que conocimiento y entretenimiento se combinan. También se aprende a leer y a ser espectador siendo televidente e internauta (García Canclini, 2007:5).

En cuanto a las condiciones del mundo laboral, podemos decir que este ya no brinda las certezas que brindaba antes, mediante la noción de pleno empleo y del supuesto “contrato social” donde la sociedad del trabajo necesitaba de todos sus integrantes para subsistir. Hoy el fenómeno mundial de la desocupación estructural creciente, indica que las “solidaridades orgánicas” del progreso moderno ya no incluyen a todos. Los empleadores y los dueños del poder económico ya no necesitan a todos para generar ganancias, producir bienes e imponer sus intereses. El período de moratoria social se desdibuja cuando las certezas de una inserción futura en el mercado laboral se tornan escasas, teniendo que demostrar los jóvenes aptitudes que los incluyan desde temprana edad. La precariedad laboral o el desempleo en las generaciones adultas ya no permiten brindar las certezas que se brindaban antes en el ámbito de la familia (padres) y en el de la escuela. Tanto niños, como jóvenes y adultos están preocupados por no “quedarse afuera”, es decir, por insertarse en el momento actual o futuro en el mercado de trabajo. Así como existen niños en la calle, también hay jóvenes, adultos y ancianos que viven en esa situación. No hay crisis de un sector etario o generacional por un lado y seguridades por el otro. Los desdibujamientos generacionales comparten incertidumbres.

### **Sobre los usos de la cultura juvenil**

De forma paralela al creciente desdibujamiento de las pautas generacionales y de pasaje entre “etapas” etarias, en el plano simbólico y de las representaciones sociales, la juventud parece cobrar fuerza como emblema o estandarte que se traslada a todos los ámbitos de la vida pública y privada, conduciendo a la idea de la “eterna juventud” como un valor donde lo que importa no es la edad biológica, sino una apariencia acorde a los modelos simbólicos expresados en la cultura juvenil.

En la tendencia globalista se reduce la pluridimensionalidad social, política y cultural al ámbito económico, donde se destaca el supuesto predominio (y triunfo) del sistema de mercado (Beck, 1997: 27). En este contexto, se presenta a la juventud como motivo estético o como fetiche publicitario orientado a los signos exteriores de la juventud y no a la juventud misma (Margulis, 1998: 16). Lo juvenil como modelo identitario se consolida como un valor positivo y atemporal que lo vincula con la adscripción a determinados valores, actitudes y consumos culturales, más allá de la referencia concreta a la edad.

La gran cantidad de imágenes publicitarias que utilizan la figura del joven para la promoción de sus productos y programas en los medios de comunicación no necesariamente representan los intereses de los jóvenes en la actualidad. El informe sobre “Diversidad Cultural en América Latina y el Caribe” de la UNESCO reafirma esto cuando destaca “la poca diversidad en términos de función referencial de los medios, es decir, las visibilidades de quienes se presentan (en los géneros informativos) o quienes se representan (en los géneros de ficción) a través de los mensajes mediáticos” (OEI-UNESCO, 2007:101). Aunque se utiliza ampliamente la imagen y estética juvenil, los medios dedican poco espacio a rescatar las opiniones de los jóvenes, tal como lo confirma el estudio sobre “Imágenes y Presencia de la Diversidad Social en la Televisión Chilena” (UNESCO, 2007:102).

Lo juvenil pierde cada vez más su especificidad. Ya no pueden analizarse las culturas juveniles como un campo específico y aislado. Los cambios económicos, sociales, culturales, políticos y tecnológicos de este período caracterizado por procesos intensificados de globalización, provocan múltiples interconexiones entre los campos sociales y tornan difusas las fronteras y límites entre los mismos, invitando a reflexionar en torno a las formas reelaboradas de lo social que dan lugar a nuevas prácticas, formas de consumos y rebeldía y nuevas valoraciones sobre lo que los jóvenes de hoy son, deben y/o pueden ser.

Se puede pensar en el joven como consumidor y principal destinatario de la oferta de productos electrónicos y de entretenimiento por parte de las industrias culturales, pero también se utiliza “lo juvenil” como modelo ético y estético que apunta a un público más general para

la legitimación publicitaria de productos y servicios y la producción de significados sociales bien definidos.

Además, existe una batería de programas sociales destinados a los jóvenes como ciudadanos que necesitan ser formados y asistidos. Hay programas de deportes, de ayuda económica para estudiantes, de salud (prevención de enfermedades de transmisión sexual, embarazos prematuros), de asistencia para jóvenes “de la calle” o en condiciones de pobreza, de promoción de actividades artísticas como ferias de “arte joven”, encuentros musicales y de teatro, festivales de cine.

Pero también se sigue utilizando “lo juvenil” en los discursos políticos e institucionales, señalando y significando de forma ambigua a los jóvenes como la esperanza futura de la sociedad o como fuente de desdicha, caos y desorden. Se instalan figuras en torno al consumo de drogas y delincuencia fuertemente relacionadas con esta categoría etaria, indicando las consecuencias negativas para la sociedad si no se aplican políticas y acciones adecuadas para controlar dicho flagelo focalizado en la población juvenil. Así como se habla de culturas juveniles, también se habla de “lo juvenil” como “problemática social”. De este modo, se legitiman una serie de acciones y programas de gobierno que toman como centro “la problemática de los jóvenes” viendo en este sector un grupo difícil de controlar.

Las formas renovadas de lo político y lo cultural que proponían los movimientos estudiantiles y revolucionarios de los jóvenes de los 60 y 70 suelen ser utilizadas como “chapas” para políticas sociales y culturales de apariencia progresista extendidas a todas las edades. También, los movimientos sociales de protesta utilizan la “apuesta” a la juventud como renovación de una cultura ciudadana que genere nuevas formas de inclusión social.

Las formas de apelación a lo juvenil tienden a la universalización de nuevos estereotipos renovados de lo social. Coincidimos con Reguillo (2005:90) cuando afirma que los jóvenes “son hombres y mujeres viviendo en situaciones distintas (y desiguales), jóvenes urbanos y rurales, pobres y ricos, en distintos rangos de edad, cuya variabilidad fortalece la necesidad de romper con las generalizaciones que tienden a calificar

a los ‘jóvenes mexicanos’ como un cuerpo compacto de actores”. Pero quisiéramos agregar que las culturas juveniles o de lo juvenil como recurso de mercado o de la política, tienden a imponer generalizaciones que se ofrecen como modelos de identidad cuyos contenidos homogenizan formas culturales extensibles a todo el conjunto social más allá de la referencia concreta a la edad.

Por esto mismo, podemos decir que hoy todos quieren ser jóvenes y nadie quiere dejar de serlo. Tenemos “matrimonios jóvenes”, “jóvenes profesionales” o “jóvenes de la tercera edad” como denominaciones que nos permiten remarcar el carácter difuso que conlleva en la actualidad la referencia a lo juvenil como práctica concreta en relación con las formas simbólicas de apropiación, producción y circulación de “lo juvenil” como recurso cultural.

### **Los jóvenes y las nuevas condiciones de movilidad global**

Según Bauman (1999:16), hoy en día todos estamos en movimiento. La movilidad se ha convertido en un factor estratificador poderoso a partir del cual se construyen y reconstruyen las nuevas jerarquías sociales, políticas, económicas y culturales en el mundo.

El mismo autor afirma que estas nuevas condiciones de movilidad se producen a través del salto cualitativo de las “tecnologías de la velocidad”, por la aceleración en las posibilidades de desplazamiento de los medios de transporte y la reducción a cero en el tiempo de las telecomunicaciones desde cualquier punto del planeta. De este modo, se puede estar en movimiento aunque físicamente se esté quieto, se puede emitir una orden o realizar una operación económica (o bélica) de un lugar a otro con una velocidad nunca antes experimentada y con consecuencias que tienen efectos inmediatos y concretos sobre las vidas de las personas.

La era global nos permite observar la consolidación de un sistema económico de capitales extraterritoriales cuyo poder radica en la capacidad de operar libres de ataduras territoriales. De acuerdo a Bauman (1996), hoy en día los Estados nacionales han perdido poder en manos de los capitales especulativos de las empresas multinacionales porque unos están atados, no sólo a su territorio sino también a las consecuencias

políticas y sociales del ejercicio del poder; mientras que los otros mudan sus capitales hacia sitios más seguros y rentables del planeta con una simple operación informática.

Por ello, la movilidad se traduce en un factor importante de estratificación y como un bien escaso, donde quienes la poseen acumulan poder riqueza y prestigio. Lo que para algunos implica globalización y libertad de movimiento, para otros es localización, segregación y marginación.

En esta perspectiva, las nuevas condiciones de polarización social ponen su acento en las posibilidades de movimiento, determinando la presencia de una elite global nómada, cosmopolita y extraterritorial de empresarios, administradores de cultura e intelectuales, en contraposición con una población que, con el mismo anhelo de movilidad, se encuentra sometida a controles migratorios, leyes de residencia, políticas de “calles limpias” y “delito cero”.

Las condiciones de vida y representaciones sociales de los jóvenes están ampliamente permeadas por esta idea-sensación-necesidad de una movilidad constante, oscilatoria e indeterminada que plantea nuevas formas de lo social y lo cultural.

En un conocido comercial argentino de “Cafeaspirina”<sup>3</sup>, dos jóvenes se encuentran casualmente, luego de mucho tiempo de no verse, y se preguntan: “¿Cómo andas? ¿Qué estuviste haciendo?”. Uno responde a la pregunta contándole a su amigo un sin fin de eventos, aventuras, viajes y proyectos, acompañando su relato con un soporte de imágenes emitidas en alta velocidad. Cuando termina (agitado por la velocidad del relato) le pregunta al otro: “¿...Y vos?”. El otro joven responde con cara de compungido: “¿Yo? Laborando en la colchonería de mi viejo”, acompañando dicha frase con una única imagen casi estática de la rutina laboral de dicho joven. Finalmente, el joven “aventurero, independiente e hiperactivo” le ofrece una cafeaspirina al “lento y aburrido” que trabaja con su padre en el mismo lugar de siempre.

---

<sup>3</sup> *Medicamento recomendado para contrarrestar la fatiga, la migraña y otros tipos de cefaleas.*

A tal punto impactó el comercial que era frecuente escuchar entre los jóvenes repetir irónica y socarronamente el diálogo de la publicidad cuando no tenían nada nuevo o divertido que contar a un amigo (“Hola, ¿cómo andas, qué estuviste haciendo?” “Nada... laborando en la colchonería de mi viejo”).

La idea global de un mundo conectado y en constante movimiento se presenta como un tópico importante a tener en cuenta en las condiciones en que se producen y representan las culturas juveniles, en la medida en que se observan nuevas formas combinadas de inclusión a través del consumo compulsivo de productos y la necesidad de una búsqueda constante de nuevas experiencias (aventuras) con las mismas intenciones de inserción o conexión con el mundo global.

Antes los jóvenes se emancipaban a través del trabajo, el estudio y el matrimonio. Ahora, para muchos, las vías preferentes son la conectividad y el consumo. Estos nuevos medios de independización de la familia, no sustituyen generalmente los anteriores; con frecuencia, se articulan con ellos, y anticipan, desde la primera adolescencia, un horizonte ajeno a los padres (García Canclini, 2005:64).

La movilidad constante o la sensación de estarlo, ofrece un panorama donde los jóvenes reconfiguran “hábitos culturales en función de bienes e imaginarios mundializados” (García Canclini, 2007: 6).

Y aquí nos gustaría reparar en el hecho de la movilidad como apariencia o fenómeno virtual, para distinguirlo de las condiciones concretas de movilidad física de las personas. Según destaca García Canclini (2007:8), “la exaltación del nomadismo como ideología nutriente del pensamiento cultural deriva, asimismo, de la expansión del turismo y otro tipo de viajes (...). También tiene que ver con la interdependencia global de los mercados de música y artes visuales, la proliferación de bienales, giras transnacionales de las obras, las exposiciones y los conciertos”.

Si bien podemos afirmar que, efectivamente, los mercados y productos culturales se encuentran en un constante movimiento de flujos e intercambios transnacionales, debido a la revolución tecnológica y de los medios de comunicación (telefonía celular, internet), los movimientos



poblacionales de empresarios, turistas, estudiantes, migrantes o exiliados son minoritarios en relación con el total de la población mundial.

No siendo mayoritaria la población que se encuentra físicamente en movimiento, cobran importancia las condiciones virtuales de la movilidad como representación-sensación social omnipresente o como posibilidad concreta que ofrecen las nuevas tecnologías de la informática y la comunicación.

Según Lins Ribeiro (2003:35), el auge de recursos tecnológicos y de la comunicación como el internet,

(...) dejó un saldo positivo: el aumento de la percepción de la importancia de la virtualidad en la constitución de los sujetos individuales y colectivos. Me refiero al papel de la imaginación en la constitución de una nueva colectividad, pero enfatizo el lugar especial de la virtualidad en este proceso. (...) La calidad de la relación entre el espacio-público-real y el espacio-público-virtual es un componente progresivamente importante para la construcción de cosmopolíticas en la contemporaneidad.

Resulta interesante tomar este aspecto para distinguir ciertas prácticas de movilidad juvenil, diferenciando los movimientos físicos de los virtuales.

De este modo, pondríamos poner el acento en las condiciones de movilidad en los dos extremos de la estructura de clases. En un extremo colocaríamos las *movilidades físicas* de pobres y ricos en las figuras del Turista y el Vagabundo a los que refiere Bauman (1999:114) y que señalamos anteriormente (empresarios, intelectuales, migrantes). Y, en el otro extremo, las condiciones de *movilidad virtual* en las figuras del Internauta (localizado, pero con múltiples conexiones virtuales que le permiten comprar productos, chatear, jugar en red y crear amistades con personas de diversos lugares del mundo u observar -visitar- cualquier lugar del planeta a través de las imágenes de satélite de mapas, terrenos y edificios en 3D desde programas como el “Google Earth”) y la de los “Jóvenes de la calle”<sup>4</sup> (si bien su rasgo distintivo es el deambular permanente por las calles de las ciudades, dicha movilidad no deja de restringirse a espacios públicos locales muy específicos y cuya “itinerancia traslada el hábitus

de la exclusión” -Makowski, 2004:49-, siendo el nomadismo un rasgo que caracteriza la virtualidad de un movimiento “compulsivo que repite la experiencia del no lugar” -Makowski, 2004:46-).

En este sentido, los jóvenes que no logran una condición efectiva de movilidad, pueden simular o aparentar estarlo, encontrando o buscando desesperadamente nuevas formas de conexión global e inclusión social.

### **Consideraciones finales**

Si bien son muchos los estudios sociológicos y antropológicos que han tomado el tema de las culturas juveniles como objeto de estudio, el desdibujamiento de los campos culturales, producto de las transformaciones que operan simultáneamente en varios campos (político, económico, tecnológico), invita a revisar conceptual y empíricamente las nuevas condiciones de producción, consumo y circulación de las culturas juveniles y su correspondencia con las formas de ser joven en los actuales tiempos de globalización e interculturalidad creciente. Pretendemos situar así, el análisis de las formas y usos de las culturas juveniles en la intersección entre lo cultural y lo social.

En este sentido, creemos pertinente añadir en el análisis de dichas intersecciones la noción de performatividad propuesta por Yúdice (2002:43) como “el modo en que se practica cada vez más lo social”. Es decir, las prácticas culturales e identitarias de los jóvenes como formas ritualizadas de reproducción de los valores establecidos que fracasan en reproducir dichas identidades culturales, alejándose de los códigos preestablecidos, transgrediéndolos y reinterpretándolos:

Ensayamos diariamente los rituales de la conformidad a través de la vestimenta, el gesto, la mirada y la interacción verbal dentro del ámbito del lugar de trabajo, la escuela, la iglesia, la oficina de gobierno. Pero la

---

<sup>4</sup> Si bien la metáfora de los “jóvenes de la calle” corresponde a la nominación de una realidad latinoamericana, existen otras nominaciones en diferentes países que refieren a procesos similares de autonomía infanto-juvenil. Tal es el caso de los llamados “run-away” (fugitivos) en Estados Unidos: población infanto-juvenil de clase media que abandonan sus hogares por problemas de violencia y/o crisis familiares.

repetición nunca es exacta; los individuos, especialmente aquellos que albergan el deseo de desidentificar o transgredir, no fracasan en repetir sino que fracasan en repetir fielmente (Yúdice, 2002:66).

Dicha noción parece brindarnos una clave adecuada para pensar las formas complejas en que se articulan los modos de ser joven en las actuales condiciones de producción y reproducción de lo social.

Las generaciones de jóvenes siguen promoviendo sus valores en la construcción cotidiana de nuestras sociedades, pero los signos que vehiculizan las culturas juveniles tienden a independizarse de las prácticas y necesidades de los jóvenes, deviniendo en modelos socio-culturales utilizables en diversos campos de aplicación que no implican necesariamente una clara inserción de los mismos en el terreno social.

El presente escrito ha pretendido señalar algunas perspectivas teóricas que permitan diseñar próximos trabajos indagatorios y dar respuesta a nuevos interrogantes que plantea la problemática juvenil actual. Las transformaciones económico-políticas de este mundo globalizado traen aparejadas nuevas formas de desigualdad y segregación, que reconfiguran el escenario en la vida cotidiana de las ciudades e interpelan a los científicos sociales en la búsqueda de nuevas etnografías y categorías para su interpretación.

## Bibliografía

Bauman, Zygmunt (1999). *La globalización. Consecuencias Humanas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Beck, Ulrich (1997). *¿Qué es la globalización?* Barcelona: Paidós.

García Canclini, Néstor (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.

García Canclini, Néstor (2005). “La modernidad en duda”. En *Jóvenes mexicanos*. México: Instituto Nacional de Juventud.

García Canclini, Néstor (2007). “Sobre objetos sociológicamente poco identificados”. En *IX Congreso Español de Sociología*. Barcelona. 13 al 15 de septiembre.

García Canclini, Néstor (coord.). (2007). *Diversidad cultural en América Latina y el Caribe*. OEI-UNESCO (mimeo).

Levi, G. y J.C. Schmitt (dirs.) (1996). *Historia de los jóvenes*. Madrid: Taurus.

Lins Ribeiro, Gustavo (2003). *Postimperialismo. Cultura y política en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Gedisa.

Lins Ribeiro, Gustavo (2007). “Antropologías mundiales. Cosmopolítica, poder y teoría antropológica”. En *¿A dónde va la Antropología?* México: Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 59-82.

Margulis, Mario (ed.) (1996). *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires: Biblos.

Margulis, Mario y Marcelo Urresti (1998). “La construcción social de la condición de juventud”. En Laverde Toscano y otros (eds.). “*Viviendo a toda*”. *Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Santa Fe de Bogotá: Siglo del Hombre.

Makowski, Sara (2004). “La ciudad de los otros. Jóvenes itinerantes urbanos en la ciudad de México”. En *Revista Universidad de Guadalajara. Dossier: Habitar la ciudad, la ciudad habitable*. Universidad de Guadalajara, N° 32, pp. 44-49.

Reguillo, Rosana (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Barcelona: Norma.

Reguillo, Rosana (2005). “Legitimidades divergentes”. En *Jóvenes mexicanos*. México: Instituto Nacional de la Juventud.

Tavella, Ana María, Marcos Urcola y William Daros (2004). *Ser joven en Rosario. Estrategias de vida, políticas de intervención y búsquedas filosóficas*. Rosario: UNR Editora.

Urcola, Marcos (2003). “Algunas apreciaciones sobre el concepto sociológico de juventud”. En *Revista Invenio*. Rosario: UCEL, Noviembre, N° 11, pp. 41-50.

Urresti, Marcelo (2002). “Culturas juveniles”. En Altamirano, Carlos. *Términos críticos de sociología de la cultura*. Buenos Aires: Paidós, pp. 46-49.

Yúdice, George (2002). *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*. Barcelona: Gedisa.